

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN LIBIA

UN DEBATE EN EL SENO DE LA IZQUIERDA

El sábado 19 de marzo, Naciones Unidas aprobaba la resolución 1973 donde se daba luz verde a la creación de una zona de exclusión aérea en Libia. A las 17 horas y 45 minutos aviones franceses bombardeaban objetivos militares de Gadafi. La intervención internacional era ya un hecho.

A las pocas horas se producían reacciones entre diferentes sectores de izquierda convocando concentraciones y manifestaciones contra la agresión imperialista. Hasta en el Congreso de los Diputados hemos vuelto a escuchar un “No a la Guerra” por parte de IU.

Escribimos estas líneas para **apoyar una revolución en curso**. La del pueblo árabe contra las dinastías reaccionarias que han gobernado con mano de hierro a sus pueblos; y contra las potencias occidentales que se han beneficiado más que nadie de este tipo de regímenes. Apoyar la revolución árabe, ahora, es apoyar a los revolucionarios libios que se enfrentan a Gadafi.

No queremos tener deudas con nadie. Ni callar aquello que resulta tan obvio. Debería ser que la izquierda estuviera al lado de los oprimidos. Pero resulta que hay una izquierda en el mundo y aquí que se ha movilizadado contra la intervención imperialista pero que ha silenciado, contemporizado o apoyado los crímenes de Gadafi.

Para ellos la guerra civil en Libia no empezó con la revolución popular el 17 de febrero sino con la intervención imperialista el 19 de marzo. ¿Hasta ese día qué había? ¿Eran virtuales o inexistentes los bombardeos de Gadafi sobre la población civil? ¿Por qué IU no exigió como lo hace también ahora el cese de la masacre? ¿Dónde estaba Gaspar Llamazares cuando los aviones del régimen bombardeaban Bengasi?

Mientras tanto, los verdaderos representantes de esa izquierda a nivel internacional, es decir Castro, Ortega y Chávez, marcaban la pauta a seguir. Según ellos Muamar, era un buen amigo, un antimperialista víctima de la contrarrevolución, de la CIA. Salvo matices tenían una postura común.

Nosotros tenemos una interpretación opuesta. El proceso revolucionario que se vive en Libia, forma parte de una oleada revolucionaria mucho más grande que abarca el Norte de África y Oriente Medio. Dicha oleada ha derribado ya a dos dictadores en Túnez y Egipto respectivamente. La revolución penetra en Yemen, Marruecos, Siria, Jordania y, por supuesto, Libia. No sabemos hasta donde alcanzará, pero por tomar una expresión que nos es querida y familiar, estamos ante un proceso de **revolución permanente**. Y, cómo no, una gran parte del pseudoestalinismo, se ha puesto, en el caso de Libia, en el bando opuesto.

Frente a ese, existe otro proceso, el de la contrarrevolución en todas sus variantes. Los autócratas amarrados al poder hacen uso de todos los medios represivos a su alcance (la máxima expresión hasta ahora ha sido Gadafi). Pero las democracias imperialistas (EEUU, Reino Unido, Francia, etc) no descansan. Es muchísimo lo que está en juego (económica y políticamente hablando) y para ello, están usando y van a usar **todos los medios a su alcance**. Ya sean de carácter diplomático, económico, político o militar.

El proceso de revolución y contrarrevolución está plagado de contradicciones, pensar que existe una línea de coherencia de todos los contendientes y en todos los momentos, sería algo así como

afirmar que ya todo está escrito en el universo. Por eso, asistimos a la paradoja inusual de democracias imperialistas bombardeando a Gadafi; y éste a los rebeldes, mientras la diplomacia internacional no se cansa de decir que no quieren armar a los sublevados ni echar a Gadafi, sino favorecer un diálogo. La secretaria de Estado norteamericana, H. Clinton, ha señalado que hay indicios que Gadafi desea dialogar. Al mismo tiempo, se ha conocido que todos los gobiernos europeos –incluido el español– se negaron a darles armas a los rebeldes, mientras los regímenes de Argelia y Siria se las mandaban a Gadafi. Para descifrar las claves de la situación hay que huir de esquemas prefabricados y aplicar un análisis concreto de la realidad concreta.

Características del Régimen de Gadafi

Uno de los principales problemas que tienen muchos sectores de la izquierda (pseudostalinista o potsestalinista) es la falta de un análisis marxista del régimen libio. El hecho de que su génesis esté en una revolución anticolonial no quiere decir que, tras cuarenta años, mantenga las mismas características. Más bien todo lo contrario.

Sintéticamente nos inclinamos a pensar que éste perdió hace muchos años su carácter antimperialista. Es evidente que el régimen de Gadafi evolucionó desde ese punto hasta llegar a un régimen proimperialista, aliado de los principales gobiernos y estados occidentales. Amigo íntimo de Berlusconi, Aznar y Tony Blair, se jactaba hasta hace muy poco, de sus relaciones internacionales y de haberse puesto a la cabeza de la lucha contra el terrorismo internacional que preconizó la Administración Bush.

En términos marxistas, podríamos hablar de un régimen bonapartista apoyado en su clan familiar y tribal (y por lo que hemos podido ver en una “guardia pretoriana” formada por miles de mercenarios subsaharianos). Un bonapartismo que nada tiene que ver con ningún rasgo revolucionario sino con la descomposición y decadencia de su régimen. La falta de una caracterización correcta del régimen puede llevarnos a cometer errores políticos monumentales.

Así mismo, este régimen no resiste la más mínima duda sobre su carácter de clase. El clan Gadafi no solo acumula miles de millones de dólares en cuentas y paraísos fiscales, conseguidos a base de la expropiación a los millones de ciudadanos; sino más aún, como gobierno proimperialista, está al servicio de las principales multinacionales que explotan a los trabajadores libios e inmigrantes.

Con todos estos datos ¿Cómo se puede defender el carácter antimperialista y mucho menos revolucionario de este régimen? Para nosotros se trata por lo tanto de un régimen al servicio de los intereses del capitalismo internacional. Un régimen que, careciendo de cualquier forma “democrática” está basado en la dominación de un autócrata y su clan.

Una revolución en curso

Espoleados por los acontecimientos revolucionarios en Túnez y Egipto, los trabajadores y el pueblo libio, se encuentran entre los millones de árabes que han decidido tomar el destino en sus manos. Cuando escribimos este texto la situación en Yemen se ha vuelto explosiva. Lo mismo está sucediendo en Siria y Marruecos. Los acontecimientos van tan rápidos que, para cuando se lean estas líneas, habrán podido ser derrocados otros dictadores.

Las revoluciones que estamos viviendo en todos estos países, presentan algunas características similares y otras únicas (sobre ello nos remitimos al artículo de J.J. publicado en la pg. Titulado

Las revoluciones árabes, el cinismo de Occidente, Fidel Castro, Daniel Ortega y Hugo Chávez).

Para nosotros habría al menos cuatro grandes hechos a resaltar:

El primero, su carácter **popular** (jóvenes, trabajadores, clases medias). La participación de las clases trabajadoras –como se vio en Túnez y Egipto– ha sido importantísima, ya sea mediante huelgas o formando comités y sindicatos, como también en su incorporación a las movilizaciones multitudinarias para lograr el derrocamiento de Ben Ali y Mubarak. Sin embargo, pese a esto, no tenemos claro que se pueda hablar lisa y llanamente de revoluciones obreras donde el sujeto social de la revolución son categóricamente las clases trabajadoras. Como por ejemplo ocurrió en la revolución española de 1936 o la revolución rusa de 1917.

El segundo, su contenido. Pensamos que estas revoluciones tienen un contenido principalmente **democrático**. Tanto por el objetivo alcanzado o perseguido (que son la caída de unos dictadores y de un régimen), como por la ausencia (aparente por el momento) de un profundo proceso de transformación social. Se han conseguido triunfos parciales de carácter democrático pero no todos, más aún, podemos hablar que una parte considerable del aparato del estado sigue intacto. Siguiendo con las analogías históricas, el alcance del proceso revolucionario aún está lejos de conseguir lo que la revolución de los claveles obtuvo en Portugal en 1974, o la descomposición del viejo aparato del zarismo en febrero de 1917. Y por supuesto, ni hablar de las clases dominantes que siguen siendo las mismas que con el antiguo régimen. No conocemos por el momento que en Egipto o Túnez se estén llevando expropiaciones o socializaciones. Por lo tanto las revoluciones no han pasado aún de un estadio con limitaciones democráticas. El caso de Egipto parece confirmarlo, el ejército se ha quedado con los resortes del poder y hasta ahora solo se han propiciado algunas reformas constitucionales.

El tercero es la debilidad también, como en todo lo anterior, del desarrollo de organismos y organizaciones de **doble poder**. Conocemos la existencia de procesos de autoorganización, comités, sindicatos, y sobre todo en el caso de Libia, de milicias como se desarrollaron en España en los primeros meses de 1936. Pero no sabemos el verdadero alcance de este proceso que, en apariencia no puede compararse a las grandes revoluciones del siglo XX. Esta limitación es muy importante pues parece difícil que surja un nuevo poder socialista si no tiene embriones en donde apoyarse como ocurrió en otras circunstancias históricas con los consejos, juntas, comités, milicias, etc.

El cuarto es la dinámica. Para los que venimos del movimiento trotskista y nos formamos los últimos tiempos en la autocrítica de muchos aspectos, al menos nos alegra comprobar que, nuestro movimiento tuvo razón (frente a los estalinistas), no sólo en defender el carácter internacional de la revolución, sino que la propia **dinámica objetiva de la revolución es internacional**. Confirmando uno de los ejes de la revolución permanente que escrita a comienzos del siglo XX resultó un pronóstico acertado en un mundo –como ahora– globalizado e internacionalizado, donde los dos grandes procesos de los últimos años (las revoluciones antiburocráticas de Europa del Este y el actual proceso en el Norte de África y Oriente Medio) **han planteado la revolución más allá de las fronteras de cada país**. Este hecho que habitualmente hemos dejado pasar tiene en nuestra opinión una importancia teórica vital y consecuencias programáticas claras.

Cada proceso revolucionario es singular, cada revolución es diferente a otra, pero la experiencia histórica y la tradición tienen que servirnos para sacar conclusiones. Analizar estos procesos

revolucionarios sin tener presente todo lo que ocurrió en el siglo XX es absolutamente incomprensible y, además, ecléctico. Nosotros no esperamos asistir a la repetición de los mismos procesos, ni mucho menos trasplantar esquemas; pero también es peligroso borrar el pasado y dar la sensación que siempre partimos de cero, y que en base a la singularidad diluimos un bagaje de cien años. Puede ocurrir que las singularidades de revoluciones como las que protagonizaron los zapatistas o chavistas sean muy marcadas, pero es un error fatal dejarnos impresionar por las formas y los discursos de los dirigentes, sin entrar a desbrozar analíticamente los contenidos de la revolución, sus lados positivos pero también sus limitaciones. Apoyar una revolución no anula el análisis crítico.

La prensa oficial comparó las revoluciones árabes con las revoluciones de los países del Este. Algunos elementos son parecidos: su carácter popular, democrático e internacional; pero otros son radicalmente distintos. Mientras en el Este de Europa se daban las condiciones objetivas para un proceso de restauración capitalista (unas economías estatistas en crisis), en cambio, en Oriente Medio y el Norte de África existen posibilidades reales de transformar la lucha democrática y social en un combate contra el sistema y su régimen neoliberal, debido a las enormes desigualdades sociales y la miseria económica. El tiempo dirá.

Otro aspecto importante son las direcciones o no direcciones en este proceso revolucionario. La ausencia de importantes organizaciones anticapitalistas hace más que posible la influencia de partidos, corrientes o movimientos islamistas y, sobre todo, pro-occidentales. En un primer momento parece que la ventaja es de los segundos sobre los primeros (insistimos nuestro desconocimiento sobre el terreno) pero objetivamente si persiste el proceso de revolución democrática hacia una revolución social –repetimos en ausencia de partidos anticapitalistas– puede que sectores de la juventud y de los trabajadores –que hoy no lo son– vayan a parar al lado del islamismo. Mucho más si la izquierda no tiene unas posiciones claras al lado de la revolución.

Es evidente que todo está aún por decidir. Las informaciones que nos llegan nos hablan de huelgas obreras, manifestaciones y descontento social. La dirección que tomen los acontecimientos en estos países va a depender de múltiples factores. Lo que vamos a vivir los próximos meses es un choque abierto o soterrado entre dos tendencias (revolución y contrarrevolución) representadas por distintos actores en uno u otro momento.

En este marco los acontecimientos en Libia forman parte de este proceso. Es completamente pueril –como afirma un sector de la izquierda– que Libia es diferente. Que allí los rebeldes son instrumentos al servicio de la CIA y del imperialismo. ¿Por qué en Libia sí y por qué en Túnez, Egipto, Yemen, Marruecos...no? ¿Qué tiene de diferente la revuelta democrática de Libia del resto? No hay un solo argumento serio al que agarrarse que no sea una banalidad como por ejemplo que la bandera que llevan los rebeldes es la que corresponde a la monarquía (argumento que ha sido respondido consecuentemente por personalidades como el profesor libanés Achcar en una entrevista publicada en Viento Sur).

Respondiendo a todos aquellos sectores de esa izquierda influenciada por el chavismo y el castrismo, nosotros decimos abiertamente que en Libia asistimos a una revolución. Que el contrarrevolucionario Gadafi ha querido aplastar militarmente. Que existe una guerra civil en curso, no desde el 19 de marzo sino desde el 17 de febrero. Que la revolución ha destrozado parte del aparato de estado represor del gadafismo y creado milicias revolucionarias.

Lo que está en juego hoy en Libia es mucho. Sí Gadafi gana la guerra afectará al conjunto del proceso revolucionario que se vive en toda la región. El resto de dictadores habrán podido comprobar que el listón de la represión puede ser muy alto. Por eso en el último mes hemos podido comprobar dos cosas: la primera que el recurso a la violencia contrarrevolucionaria ha ido en aumento como se está viviendo en Yemen y Siria. Y la segunda, que hasta hace unos días las movilizaciones en otros países había entrado en un compás de espera.

Y las contrarrevoluciones en curso

Para intentar frenar, desviar o llevar a su terreno a la revolución árabe en general y a la libia en particular; se han lanzado o puesto en marcha, no uno sino múltiples frentes contrarrevolucionarios. Éstos, no son un cuerpo único, tienen muchos portavoces, o para que se entienda mejor, son como una hidra de varias cabezas.

Sobre el terreno actúan actores del antiguo régimen que se defienden a toda costa. Y lo hacen con todas sus fuerzas. Por eso deberíamos constatar cómo tanto la revolución popular como la contrarrevolución han ido adquiriendo más y más violencia. Desde Túnez a Libia la intensidad ha ido en aumento, y todo parece indicar que, los viejos autócratas no serán desalojados del poder si no es por el uso de la fuerza revolucionaria.

Las maniobras de las monarquías árabes para perpetuarse en el poder son ahora muy diversas ¡Han aprendido muy bien la experiencia de Túnez y Egipto! Para ello están empleando diversos medios: militares, parapoliciales, políticos (hacer dimitir a sus gobiernos o reforman las constituciones) y hasta diplomáticos (votan la resolución 1973 de Naciones Unidas para aparentar un nuevo realineamiento).

Muamar el Gadafi no ha sido una excepción a esta regla. Primero contemporizó, después bombardeó, más tarde hizo un guiño a Occidente afirmando que tras las revueltas estaban una panda de drogadictos y Al Qeda, después se dejó seducir por las propuestas conciliadoras de Chávez en el sentido de establecer una tregua y abrir un diálogo, y finalmente, ha declarado que los bombardeos de la ONU son una cruzada contra el mundo árabe. Todo un repertorio de mentiras para mantenerse en el poder.

Por otra parte están, lo que podríamos llamar (a lo mejor con cierto peligro de simplificación) las democracias imperialistas y sus organismos internacionales títeres como la ONU.

También ellos están aprendiendo de la revolución en curso y afinando sus estrategias. No nos vamos a detener en algo tan obvio y conocido como que a Occidente lo que le interesa es el petróleo, el gas, las materias primas y el dominio geopolítico de una zona con una importancia estratégica vital para el sistema.

Pero Occidente no habla por una sola voz, ni son los mismos los intereses de Rusia o China (aún tratándose todos ellos de planetas de un mismo universo) que los de EEUU. Podemos especular sobre las motivaciones que llevan a que unos países (Francia y Reino Unido) se pongan al frente de la intervención en Libia, y no otros (Alemania), o que de momento los EEUU estén manteniendo un perfil bajo.

Lo que sí parece claro es que a los gobiernos de Occidente, pese a sus múltiples medios y espías, también han sido sorprendidos por la explosión popular y democrática de los pueblos árabes. El caso de Francia es el más claro, ha pasado de una situación muy comprometida con el régimen de Ben Alí (lo que costó la dimisión de la ministra de exteriores) a reconocer al

Consejo de la revolución de Libia, y ponerse a la cabeza de la coalición internacional que se agrupa en torno a la resolución 1973 de la ONU. El gobierno de Zapatero también tiene una doble vara de medir, por un lado respalda al rey Mohamed VI de Marruecos mientras que por otro pidió la salida de Mubarak y ahora de Gadafi. Ya no digamos la Administración norteamericana, para la cual las Monarquías del Golfo son –de momento- una cosa intocable, mientras piden el respeto a los derechos humanos en otros países. Pareciera que las democracias imperialistas se encuentran cabalgando sobre un caballo desbocado.

Esas “contradicciones” aparentes no lo son en el fondo. Frente a la debilidad actual de algunos regímenes árabes y su crisis inminente, se reorientan los estados de Europa y EEUU, se reorientan las oligarquías o burguesías árabes, se reorientan no pocos generales y mandos de la policía del antiguo régimen. Las clases medias giran ante el empuje de la revolución mirando hacia la democracia “burguesa” de tipo occidental. No parece, al menos de momento, que en el programa de la revolución árabe figuren consignas antiamericanas o antimperialistas, más bien parece que todo se concentra en torno a reivindicaciones democráticas, salariales y sociales.

Ante esta situación, conscientes de su ventaja, los gobiernos de Europa y EEUU se han situado en la primera línea de fuego y política. Apareciendo ahora como salvadores de la población, dicen defender los derechos humanos y la democracia en el mundo. Viajan, reconstruyen relaciones diplomáticas, y salvan la cara ante su propia opinión pública.

Nos encontramos así con las dos caras de una misma moneda. Unos como Gadafi son contrarrevolucionarios en un ejercicio práctico y diario; y otros lo son intentando controlar la transición de una dictadura a la democracia. Esta es una partida de ajedrez que se juega con muchas piezas, la de Gadafi es sacrificada para colocar otras en el tablero y, finalmente, ganar la partida. Ocurre que éste no está dispuesto a semejante juego.

Apoyar, ayudar y solidarizarnos con esta Revolución

Es mucho lo que se está escribiendo sobre estas revoluciones y sobre Libia. Sin embargo echamos de menos el desarrollo de unas líneas programáticas que generen un debate de cómo actuar sobre unos hechos que, sin lugar a dudas, son los más importantes de los últimos veinte años. No sintiéndonos nosotros suficientemente informados sobre el terreno, lo único que podemos aportar es nuestra experiencia como militantes revolucionarios.

En el caso de Libia, consideramos esencial señalar lo que, a nuestro entender, son posiciones de principios y lo que pueden ser debates estratégicos y tácticos.

Dentro del primer bloque creemos que todo revolucionario internacionalista tiene que **apoyar la victoria militar de los rebeldes y, por lo tanto, la derrota de Gadafi. Esta es hoy la principal tarea.** Y una gran diferencia con la izquierda influenciada por Castro y Chávez. No son diferencias menores, ¡estamos ante el proceso revolucionario más importante de los últimos años! Chávez y Castro han defendido el diálogo con Gadafi y lo apoyan abiertamente. Nada tenemos que ver con ellos. Sí estuviéramos en territorio libio estaríamos pegando tiros en lados distintos. ¿Y qué decir de los pacifistas de última hora con su lema No a la Guerra? ¿Por qué no se acordaron de la paz cuando Gadafi ha estado masacrando impunemente a la población? ¿Qué significa hoy No a la Guerra? ¿Qué depongan las armas los atrincherados en Bengasi? ¿Qué les obliguemos a negociar con Gadafi? ¿Qué paren la revolución libia y el resto de dictadores aprenda cómo se puede acabar con las revueltas?

La guerra civil en Libia ha llevado a una contradicción suprema, las democracias imperialistas en lugar de apoyar a Gadafi, lo están bombardeando. ¿Y esto por qué? Como decíamos anteriormente si bien tienen fines parecidos (derrotar el proceso revolucionario) se plantean estrategias diferentes. Uno por necesidad, y otros, porque han visto la ocasión de redoblar su influencia geoestratégica y económica en la zona. Han decidido cabalgar al tigre en lugar de ponerse en contra de un proceso que podría acabar en revoluciones anticapitalistas o pro-islamistas. Tratando de desviar la revolución intentan matarla completamente como hicieron hace 22 años en Europa del Este.

La intervención militar de la ONU en Libia ha levantado una oleada de rechazo en un sector de la izquierda (¿ves? ¡Ya lo decíamos nosotros!). Los rebeldes no son revolucionarios sino agentes del imperialismo (según ellos). ¿Y Gadafi? La víctima. ¡Qué pensamiento tan mecánico! El análisis de las fuerzas sociales ha sido sustituido por la lógica formal (si el imperialismo interviene y el imperialismo ya sabemos que es nuestro principal enemigo, la conclusión es obvia). Es un pensamiento escolástico ajeno completamente al marxismo, que nos hace recordar las estupideces de Stalin en sus “principios elementales del leninismo”.

Pero la realidad es otra, se combate con las armas, hay miles de muertos. Bengasi ha estado a punto de caer en manos de Gadafi, y con ésta, la revolución. Algo parecido a la entrada de Franco en Madrid en 1939 (analogía que no solo hacemos nosotros sino el propio Gadafi). Ante esta situación desesperada el Consejo de la revolución pidió la ayuda a las potencias imperialistas. Según la prensa pidieron ayuda material, armas y alimentos, además de una zona de exclusión aérea; descartando la entrada de tropas terrestres en territorio libio.

¿Se han vuelto locos los rebeldes libios pidiendo ayuda? ¿Podemos aconsejarles nosotros desde nuestros confortables asientos que en nombre de la pureza revolucionaria no acepten ninguna ayuda exterior y menos de las democracias imperialistas? ¿Queremos que gane la revolución o queremos que sea aplastada por la enorme superioridad militar y logística de Gadafi? ¿No estamos viendo que los rebeldes carecen de preparación y medios? ¿No nos estamos dando cuenta que las democracias imperialistas están actuando en un doble juego para imponerse ellas y dejar debilitados a los rebeldes? Pero más aún.

¿Estaban locos también los republicanos cuando pidieron en 1936 ayuda a Francia e Inglaterra? ¿Acaso no criticaron los revolucionarios de aquella época el abandono de las democracias a la República, mientras Hitler mandaba la legión Cóndor y Mussolini tropas de combate en Guadalajara? ¿Qué les teníamos que decir a los partisanos de la Francia ocupada por Hitler en 1941? ¿Qué no reclamaban la ayuda de los aliados norteamericanos? ¿Qué se negasen al desembarco de Normandía porque en lugar de la barbarie nazi vendrían los imperialistas de EEUU, Canadá e Inglaterra? ¿Y qué les decíamos a los judíos de los campos de exterminio? La realidad es así y no puede ser reemplazada por esquemas abstractos como pretende el estalinismo sustituyendo el análisis concreto de la realidad concreta por la funesta teoría de los campos (el campo del imperialismo y el campo del anti)

Los internacionalistas luchamos por la victoria de la revolución pero desempeñando solo el papel que nos corresponde. Es decir, exigir a nuestros gobiernos y a la comunidad internacional el envío de armas, medicinas y víveres. La concreción de estas propuestas corresponden a los que se están jugando la vida sobre el terreno; y en ese sentido la petición de una zona de exclusión aérea ha partido de ellos (aunque remarcando que no quieren una invasión de tropas extranjeras). Nuestra postura debería ser clara sin pensar las consecuencias que puede traernos

de cara a nuestros aliados entre la izquierda en otros temas políticos o sociales. **Nosotros deberíamos haber defendido el derecho de los rebeldes a pedir ayuda militar a Naciones Unidas.** Están en su derecho y además es comprensible que lo hagan en medio de una situación de desesperación total. Esta postura, se complementa con otras exigencias que las organizaciones revolucionarias deberían haber hecho desde hace semanas: **¡Que se envíe ayuda material, es decir, armas, medicamentos y comida! ¡Que el gobierno del PSOE y los demás reconozcan a los portavoces de los rebeldes como los únicos interlocutores válidos! ¡Ruptura inmediata de relaciones con Gadafi y bloqueo de todo tipo de ayudas! Teníamos que haber defendido concentraciones y movilizaciones frente a las embajadas....** Pero nada de esto se ha hecho.

Por el contrario, hemos asistido a un coro de voces clamando contra la intervención y contra la guerra. ¿Acaso se puede comparar la agresión del imperialismo a Irak con una guerra civil que ha sido provocada por la reacción del aparato militar del coronel Gadafi contra un proceso de revolución en marcha? Oponerse a una intervención militar del imperialismo en Vietnam, Irak o Afganistán, nada tiene que ver con la situación de guerra y revolución que estamos viviendo en Libia. Decir No a la Guerra de Irak era una consigna “revolucionaria” porque intentábamos parar una agresión de EEUU; pero decir No a la Guerra de Libia es una consigna “reaccionaria” (por muy humanitaria que se quiera hacer aparecer) porque lo que nos proponen es que continúe el viejo régimen de Gadafi, se desarmen los revolucionarios y como consecuencia de ello, al resto de los pueblos árabes, se les prohíbe el uso de la violencia revolucionaria frente a la violencia de las clases dominantes. A esto nosotros le llamamos pacifismo reaccionario.

¿Porqué un sector importante de la izquierda no apoya la revolución libia?

Vamos a tratar de contestar a esta pregunta recordando que esa postura no es ni mucho menos novedosa. Lamentablemente muchos de nosotros nos hemos tenido que enfrentar a situaciones muy parecidas, y, los argumentos de esa izquierda, sí no han sido exactamente los mismos, por lo menos fueron muy parecidos. La caída de los regímenes en la Europa del Este enfrentó dos grandes posturas en la izquierda. Para muchos de nosotros se trataban de revoluciones independientemente de sus direcciones y su programa. Nosotros apoyamos las revoluciones antiburocráticas contra el conjunto del estalinismo mundial. Para otros eran conspiraciones del imperialismo para acabar con las “conquistas de la revolución”. La maniobra del estalinismo era clara, para mantener la base de sus privilegios políticos y sociales como casta, querían hacer creer que todos los que estaban en contra de ellos era proimperialistas. La historia y los cementerios están llenos de ejemplos.

Los partidos comunistas tenían dos varas de medir. Una cosa era oponerse por ejemplo a la guerra de Vietnam y otra a la invasión de Checoslovaquia (1968) o Hungría (1956) por parte de la Unión Soviética. La una era una causa justa y antimperialista (estamos completamente de acuerdo). Y la otra la extensión de la Revolución de Octubre (sic), aunque las víctimas de la ocupación militar fueran los consejos de obreros y los estudiantes. La guerra fría ofreció al estalinismo un marco objetivo adecuado para “teorizar” sobre la revolución y la contrarrevolución mundial estableciendo un esquema muy simple (la teoría de los campos). Quienes apoyaban a Stalin, Kruchev, Breznev o Gorbachov estaban en el campo bueno. Los que no, eran contrarrevolucionarios sin muchos matices. No estamos exagerando, para la burocracia los trotskistas (y también los anarquistas y otras corrientes anticapitalistas fueron contrarrevolucionarios al servicio del imperialismo) -y lo pagaron con sus propias vidas en las

purgas de los años treinta o el POUM en la guerra civil española. Hoy, los métodos estalinistas no son iguales, sobre todo porque no se dan las condiciones, pero la lógica de su pensamiento sí.

Como indicábamos unos párrafos más arriba, cuando estallaron las revoluciones en 1989 en Europa del Este, miles de militantes comunistas influenciados por el estalinismo, no vieron otra cosa que una contrarrevolución del imperialismo con el objetivo de restaurar el capitalismo. Todo se trataba de una gran conspiración de la CIA al servicio de los turbios intereses norteamericanos. Se podrá decir que al final estas revoluciones acabaron trayendo el capitalismo, pero no es del todo correcto. Como señalaron sesenta años antes, primero Rakovsky (uno de los dirigentes de la Oposición de Izquierda rusa) y luego Trotsky, la burocracia estalinista era el factor fundamental de restauración capitalista, gracias a la implementación de la reaccionaria teoría del socialismo en un solo país. Hoy en día tenemos un ejemplo imponente al alcance de cualquiera, ¿Quién sino en China ha traído el capitalismo? Y nos atreveríamos a decir un poco más, la falta de democracia socialista y la miseria creciente de la población cubana es el caldo de cultivo de un proceso de restauración que la burocracia castrista lleva abonando.

Todas estas experiencias teóricas y prácticas desgraciadamente no se han traspasado a las nuevas generaciones (llamémosles antisistema). En lugar de transmitirse un legado internacionalista y revolucionario, están aprendiendo de fuentes pseudoestalinistas que bajo unos códigos antimperialistas y antineoliberales, nos vuelven a reproducir –ahora en Libia- la teoría de los campos. Construyen un pensamiento hueco, esquemático y carente todo rigor ya no digamos marxista, sencillamente escolástico. Y esto ocurre porque durante los últimos treinta años, ha desaparecido del escenario mundial el movimiento obrero revolucionario para dar el protagonismo a los movimientos antiglobalización, antisistema o a los procesos democráticos. Su desaparición ha hecho que las principales señas de identidad del marxismo revolucionario queden diluidas en muchos “Anti Anti Anti pero pocos Pro Pro Pro. Parece que cuando hablamos de un anticapitalismo todos somos los mismo.

Tal es así que un personaje como Hugo Chávez, al que la prensa mundial tiene demonizado, se convierte, por la tesis según la cual *el enemigo de mi enemigo debe ser necesariamente mi amigo*, en un punto de referencia. No queremos minimizar para nada el proceso de la revolución bolivariana. Lo único que intentamos es encontrar una explicación para que un dirigente que ni siquiera ha llevado a cabo medidas socialistas y se mantiene sobre unas formas bonapartistas, sea una referencia internacional. Nadie puede negar el carácter progresista de ese proceso pero de ahí, a tomar a Chávez como un revolucionario hay una diferencia.

Así es como podemos explicarnos el aluvión de correos y comentarios en Internet ajenos a la realidad que nos vuelven hablar de conspiraciones de la CIA y del Pentágono. Sin pretenderlo adoptan el mismo método de los estalinistas cuando acusaban a sus víctimas de servir a los turbios intereses del imperialismo. Al final consiguen que los revolucionarios se tengan que defender cuando la realidad es otra: son ellos los que están dando la espalda a la revolución libia.

Javier Cordón; Marcelino Fraile y Jesús Jaén (Marzo 2011)

